

# «Piedras Vivas» y la nueva evangelización

Narciso Sunda, SJ

La experiencia de «Piedras Vivas» nace de una intuición del P. Jean-Paul Hernández, SJ. Todavía empeñado en sus estudios universitarios se preguntó cómo se podría establecer un contacto entre los innumerables turistas que visitan tantas iglesias cristianas en las principales ciudades europeas y el mensaje cristiano que en ellas late. Hoy, el fenómeno de Piedras Vivas está en un momento de expansión; existen comunidades en Cagliari, Bolonia, Génova, Nápoles, Padua, Roma, Munich, Malta, Praga y en otras cuatro ciudades europeas. El fin que pretenden estas comunidades es anunciar la Buena Nueva que late bajo las formas artísticas de las iglesias. El templo es concebido como un itinerario mistagógico abierto a la libre decisión del visitante de entrar en él o pasar de largo. Las visitas se desarrollan conforme a una dinámica «parabólica»: buscan hacerle entender al visitante qué mensajes deseaban comunicar los artistas y sus mece-

nas. De este modo, el visitante que acepta entrar en la parábola se deja interpelar por la perenne lozanía del mensaje evangélico. Una perenne novedad que desde los comienzos del Cristianismo ha estado estrechamente unida a la belleza artística y que nos sigue ofreciendo hoy nuevas y fundamentales posibilidades de proclamación como afirma el gran escritor e historiador ruso Aleksandr Isaevich Solzhenitsyn: «El mundo moderno está desarraigando el árbol del ser: ha desgajado las ramas de la verdad y el bien. Lo único que queda es la rama de la belleza que recibe toda la linfa del tronco».

El fenómeno de los vuelos de bajo coste ha permitido que masas cada vez más numerosas de nuevos turistas, incluyendo menores, asalten las grandes ciudades europeas. Este turismo barato se aprovecha de un modo sistemático de la belleza que se encuentra en el arte cristiano de nuestros templos, con

frecuencia asequibles de un modo gratuito. Un inestimable patrimonio artístico que ofrece su grandeza a estos peregrinos del tercer milenio. Los grupos «Piedras Vivas» reciben a los turistas en los umbrales de las iglesias y se ofrecen como compañeros del camino que están a punto de comenzar. De un modo más o menos explícito, quien se dispone a entrar en las formas artísticas que representan el cuerpo de la comunidad eclesial, tiene un deseo de recibir nuevas luces sobre la propia belleza e identidad personal. Por esta razón, los guías «Piedras Vivas», además de ofrecer una serie de datos técnicos acerca de la obra, facilitan las claves para interpretar lo que están contemplando. La visita, por tanto, puede transformarse en el descubrimiento de la propia dignidad, de la filiación a imagen y semejanza de Dios, profundamente amados en el propio cuerpo, en la propia situación vital, en la fragilidad psicológica y moral del individuo. El camino mistagógico gratuitamente ofrecido, se propone facilitar al que contempla, una gramática elemental para llegar al sentido de lo que admira. De este modo se sale al encuentro de una de las necesidades fundamentales de nuestro tiempo: lograr la unidad y poner orden en el conocimiento del mundo y de nosotros mismos. Con la divulgación de in-

ternet tenemos un acceso increíblemente amplio a datos e información con frecuencia discordante y difícil de interpretar. Quizás se trate de una experiencia que muchos comparten: ¡encontrar que en el *desktop* repleto de fichas y documentos que estoy seguro de haber archivado en el *hard disk* no logro encontrar lo que busco! Las visitas programadas por «Piedras Vivas» ofrecen elementos capaces de poner orden en las incontables obras de arte que, solamente en apariencia, parecen amontonadas en lugares del culto cristiano. Basta pensar en la sensación de encontrarse perdido que puede apoderarse de un visitante de las iglesias barrocas de la Compañía de Jesús. Cuando los jóvenes voluntarios describen, siempre en tono juvenil y vital, con naturalidad y simplicidad, los principios de discernimiento, ofrecen al visitante la posibilidad de leer con mayor profundidad el mensaje de la iglesia –y si así lo desea– de su propia vida. En línea con la mejor pedagogía ignaciana, al hacer una experiencia estético-artística, el visitante es invitado a entender y releer el sentido del cuerpo en el que él se encuentra en ese momento –la iglesia–, y el personal en el que él mismo vive (la propia persona, su red de relaciones, el tejido social y la parte de la creación a él confiada). Recorrer las naves de una iglesia dra-

---

## «Piedras Vivas» y la nueva evangelización

matiza el recorrido bautismal, si se siente acogido allí donde está, si viene acompañado en ruta al misterio plásticamente representado por el complejo de la cúpula –el altar, el ambón– con el fin de ser acompañado de vuelta a la cotidianidad, igual pero siempre renovado.

Si la experiencia puede ser particularmente significativa para los turistas, ciertamente no es menos intensa para aquellos que, como el diácono Felipe, se sitúan en las calles para ¡interceptar los potenciales etíopes! Por eso la experiencia ofrece serias posibilidades de evangelizar *ad extra*, partiendo del deseo de belleza que existe en toda persona, y al mismo tiempo es un camino extremadamente fecundo aun para los mismos miembros de «Piedras Vivas». La comunidad de «Piedras Vivas», a imitación de las primeras comunidades cristianas, es consciente del hecho de que su fecundidad depende de la vida de oración y contacto personal con el Señor Jesús. El estilo jesuítico de la experiencia queda a salvo por el hecho de que, al menos uno de los referentes del grupo, es siempre un miembro de la Compañía de Jesús; el horizonte se alarga substancialmente y es enriquecido por la colaboración fecunda y fraternal de laicos, religiosas y sacerdotes diocesanos.

Todas las jornadas de servicio por parte de «Piedras Vivas» comienzan con la plegaria de un texto bíblico especialmente escogido y con la puesta en común de la resonancia personal a partir de la gracia: «Señor, ¿qué quieres comunicarnos a ellos a través de mí?». Cuando está presente un presbítero, la conclusión del servicio incluye la fracción del pan y la respuesta común orientada por la pregunta: «Señor, ¿qué me has querido comunicar a través de ellos?». De este modo, las preguntas de los turistas, la participación de sus vidas, las glorias y las fatigas se convierten en una ocasión de compartir el camino en busca del verdadero rostro de Dios. De hecho, dar testimonio fehaciente de la propia fe es el mejor modo para profundizarla, comprenderla, encarnarla. ¡Sólo la experiencia del otro y del Otro que lo habita, puede dejar que verdaderamente trasluzca la esperanza que habita en nosotros y nos hace capaces de dar razón de nuestra fe! Por eso, un itinerario como éste no se limita al contexto de servicio, sino que, necesariamente, sus frutos aparecerán en la comunidad y en sus contextos vitales y familiares.

Para comprender mejor el estilo de las visitas podríamos tomar como ejemplo el monograma jesuítico IHS que preside la fachada de la

Iglesia del Santísimo Nombre de Jesús en Roma. Ammannati (1511-1592) refiere el Nombre (*Iesus Hominum Salvator*) a un ángel de seis alas. Se trata de una referencia a la vocación del profeta Isaías y de la purificación de sus labios por medio de un serafín (Is. 6, 1-13). De ese modo el artista quiere unir el nombre de Aquel que ha abierto el cielo, a la llamada del profeta. A quienes se preparan para entrar en el templo se les anuncia lo que podrían vivir más allá una vez pasado el umbral. ¡Una inaudita oferta de Salvación anunciada por el rostro transformado del serafín que manifiesta su incredulidad! ¡Lo que no vería jamás, el rostro del Santo Dios, se ha manifestado ahora; y cualquier hombre lo puede contemplar en el Señor Jesús!

Al turista que es consciente del gran privilegio que, al traspasar el umbral de la iglesia, se le concede de manera que pueda entrar en contacto con lo que ni a los ángeles le es permitido contemplar, podría invadirle un cierto temor. *¡No soy digno de entrar en la iglesia! ¡Esta realidad no me pertenece! ¡Estoy muy lejos de este mundo! ...* A estas objeciones, parecidas a las de Isaías

cuando se sintió llamado, responde el texto sagrado recordándonos que entrar en el cuerpo de Cristo no es un mérito, sino una gracia gratuita. El visitante, sintiéndose acogido tal como es, recibe la invitación a dejarse llamar como el profeta; a dejarse purificar los labios. ¿Qué carbón ardiente podría permitirme hoy pronunciar el nombre de Jesús? En un texto hebraico de Isaías 6. 6, la palabra «carbón ardiente» es *h P' \_ c.rI (ricPâ)*. Con tal término se indica la piedra ardiente del templo, emplazada junto al altar del incienso, en la que se cocía el pan. De modo semejante, como el visitante puede contemplar, el oval que contiene el Nombre de Jesús lo conecta, ¡en modo singular con la eucaristía! Por eso, pronunciar el Nombre –entrar en oración como también dejarse tocar los labios por el pan eucarístico– representan pasos mistagógicos hacia la perfecta realización de la propia vida. El pase para acceder al jardín primordial –al paraíso (Gen. 2,10 según la versión de los LXX)– está plásticamente representado por el edificio eclesial que muestra un modo posible de vivir la propia connaturalidad con Dios, con los hermanos y con toda la creación. ■